

# Los hábitos barrocos de Sor Margo

Aline Pettersson

Bajo la estricta premisa de que el hábito si hace al monje, van mis palabras. Pero, ¿cuáles son los hábitos de Margo Glantz? Dicha la frase, las cosas se complican, acaso porque ella misma es un personaje complicado. Empecemos por los pies que quisieran abandonar, de inmediato, las sandalias monjiles para acogerse dentro de un par de zapatos espectaculares, Ferragamo, quizá; que, desde luego, no arrastren olor a moho, como aquel que persiguiera a Nora García durante el sepelio de Juan, afamado músico, marido suyo alguna vez.

La obsesión por el calzado es presencia constante en los caminos de sus textos que atraviesa esa “herida que es la vida”. Presentes han estado desde aquel calzado infantil: “zapatos de charol negro con hebilla y traba en forma de T achatados, con tacón de goma”. Sin embargo, no es de Nora García de quien quiero hablar, sino de Margo Glantz, pero los hábitos son remisos, y Nora García busca asomarse por estas letras.

El refajo cubre los pechos excitados de la mujer que ha tomado la pluma (ya no de ganso), “preocupada con el ritual que dispone para la escritura”, dispuesta a relatar el amor infinito a Dios. ¿Y qué tan lejano se encuentra el amor místico del profano? Las palabras se tocan, como se tocan,

también, las sensaciones. Los pezones se yerguen insolentes tal vez en ambos instantes. Porque “esa herida que es la vida” es sólo un conjunto de instantes. Y, aunque el recipiente del amor no sea el mismo, sí lo es su intensidad. Finalmente, pienso yo (acaso también lo piense Sor Margo), la intensidad mayor es la de la escritura, que, de alguna manera, lo abarca todo en su humana y más o menos que humana medida.

El roce de la tela, como pudiera ser el roce de la mano del amante, despierta la piel y los sentidos. Y la pluma corre sobre el papel dando cuenta de ello, como la dio San Juan de la Cruz o Georges Bataille o Juana Teresa, quien aparece y desaparece, mortificada por cilicio y azotes, dentro de las páginas de un libro de Glantz.

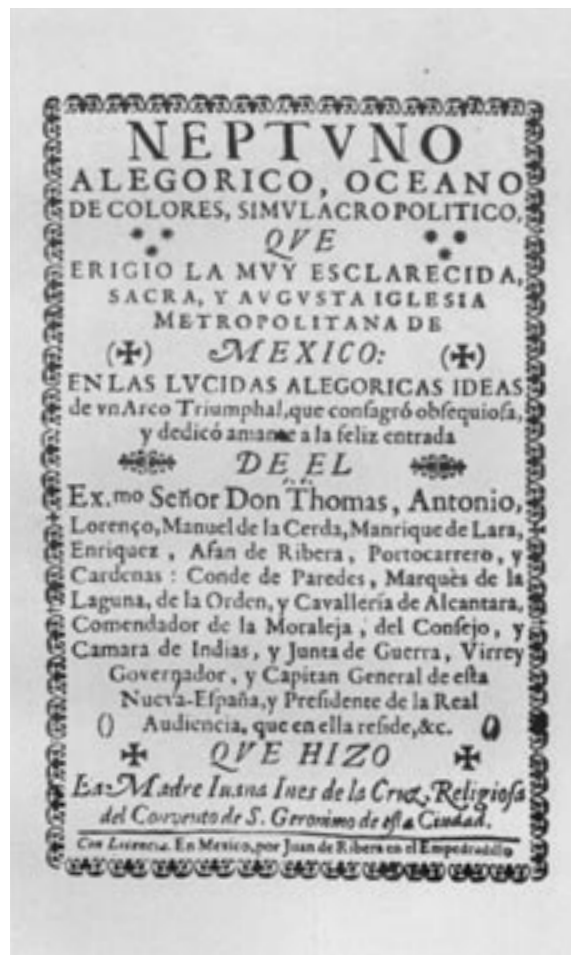
Finalmente todo acaba por duplicarse, el objeto y su reflejo siempre, siempre. Sor Lugarda y Juana Teresa, reflejos de otra Juana de pesados hábitos, mente luminosa, mirada inquisitiva y cabellos cortos ocultos tras las ondas de un paño espeso, como espesas son también las líneas enigmáticas de la escritura de aquella Juana de Asbaje donde la mirada de Margo Glantz ha navegado iluminada por su propio brillo. Pero también se asoma aquí, convocada por su nombre, la monja de Ávila que antes de mo-

rir del todo meditara viendo su imagen en el puchero, caldo que es la vida. Esto sucedió siglos antes de haberse podido enterar de *Las mil y una calorías* (novela dietética).

Además otra ella, Sor Margo, gusta de echarse al mar proceloso de la aventura, la intelectual y la vital. Acaso se deba a su origen. A ese haber cruzado, sus padres, el mar que separa al viejo mundo de este nuestro. Y la escritura (también la vida) es un viaje que la tinta permite dejar siempre a salvo, y conservar, así, prensado entre las páginas, el tiempo, el de antes, con los modos de antes, el de ahora y el que vendrá después, para hacernos a todos shif brider, hermanos de barco, suyos. “Yo sabía que mi destino era viajero, casi como el de Telémaco, que recorrió el universo al revés en busca de la fama de su padre.”

Una ráfaga de aire se cuela por alguna rendija de la celda donde yace la computadora, y sobre “dos tablas en donde no hubiese cabezal alguno” reposa el amplio hábito blanco que cubrirá el refajo y la carne suave, amorosa de la amanuense. Acaso toda escritura es sólo un acto de amor.

La trama burda del hábito le transforma el aspecto. Entonces ella imagina “una blusa de seda, de caída impecable, ¿Armani? Una pachmina color gris perla (a lo



mejor es un shatush) es delicada, y en la orilla (lleva) bordadas unas flores en tonos grises". Ella imagina, porque en este viaje, montada sobre una pluma de ganso o acodada a la orilla de las teclas, no se llega nunca a avistar las fronteras. Las lindes se traspasan y traslapan. Y Nora García irrumpe de nuevo aquí para dejar constancia del idilio de sus perros tristemente separados el uno de la otra como Tristán de Isolda.

Allá lejos alguien toca el piano ¿o será el clavecín? Unas notas en fuga que se repiten con deleite. Acaso se trata de Glenn Gould ejecutando las Variaciones Goldberg. O acaso sea Juan, el marido que fue alguna vez de Nora García, y es por ello que Nora García se hace presente ahora. ¿Cómo saberlo?

Y mientras la mujer se ajusta el ceñidor, sus oídos se dilatan y remontan lejos, muy le-

jos. Entonces recuerda. Y va transitando por esos amplios caminos que la conducen por el tiempo de la música y por el otro tiempo, el suyo, y el de los siglos que la separan, pero que también la acercan, de/a Bach. Bach, Juan Sebastián, que reflejara el galope fogoso de su sangre en veinte hijos, pero, también, en los acordes pautados de sus notas.

Entonces, ella, la mujer, vuela muy alto, para detenerse en instantes de iluminación donde las armonías, al igual que los compositores e intérpretes, se encuentran y desencuentran. ¿Como el amor místico? ¿Como la fusión de los cuerpos enfebrecidos? ¿Como el apareamiento canino y su prolongada y exasperante unión?

La monja pasa los dedos por sus cabellos cortos y violentamente rizados. Pero se distrae con un sueño De la amorosa inclina-

ción a enredarse en los cabellos, que a ella le está vedada. Después se ciñe la toca que va a ocultarla más de las miradas. Se trata, quizá, de una herencia judía que ordena a las mujeres cubrirse el pelo con una peluca. Sólo el marido tendrá ese privilegio visual, y el marido de una monja es el mismo Dios.

Herencia judía y su reflejo cristiano. Y aquí otra duplicación: lo católico y lo ruso ortodoxo. Margo Glantz lleva consigo un caudal de costumbres profuso que se dan cita, por ejemplo, a su mesa, frente a un mueble desde donde también dialogan los santos de madera estofada con los ídolos prehispánicos. Crepas de huitlacoche, quizá (nunca me ha tocado a mí) gefilte fish o una pasta a la argentina y el dulce final: blintzes rociadas con té. Desde luego que sus comidas se prodigan con la riqueza de

un altar barroco, y este recuento no les hace justicia. Ahora mismo, Nora García piensa en un tequila Herradura. Y aquí en esta casa, no en balde sobre la calle de Tres Cruces, éste es ofrecido con generosidad para soltar amarras a la charla entre comensales que, de ser ésta la causa, no lo necesitan. La conversación —ese arte perdido de la conversación— renace tan barroca en sus temas como puede serlo la dueña de la casa.

Cae, sobre los “pechos grandes y desiguales” de la mujer, el escapulario oscuro que habrá de guarecerlos de la vista ajena. Pero su propia carne se inflama de amor. Entonces se le aparece otro reflejo: la niña judía/goi que “llevaba al Niño Jesús sentado en su corazón y (que) cuando comía muérganos sentía una especial desazón y un miedo muy grande de molestarlo”. El calor del escapulario la conforta, y en esa penumbra bajo la tela arde su alma.

Luego detiene los muchos misterios del rosario a su ropa y oculta las manos dentro de la anchura de las mangas. Y vuelve otra vez a la infancia en la que las cuentas de un collar de ámbar rojo, y desengarzado, que llegó a México desde Constantinopla, le sirvieron de canicas. Mas ahora, de nuevo, Nora García se apropia de la escena para recordar el velorio de Juan, aquel músico que fuera su marido, y a dos mujeres que asistieron al duelo llevando una collares de oro, la otra de plata, y ambas varios anillos de brillantes. Las manos de la monja, en el recinto de las mangas, se frotan, desnudas, una con la otra. Mientras, Margo Glantz busca entre sus anillos los muchos que usará el día de hoy. Acaso éstos también sean de ámbar ruso, o tal vez chiapaneco, pero dorados como la miel.

Con ambas manos, la monja toma el escudo que protegerá la indiscreción de los pezones erectos, bajo la figura ancilar de la virgen, quien inclina, humilde, su cabeza cubierta como también se halla la suya. La que no se cubre ni se inclina humilde ante las cosas de la vida es la cabeza de cabellera ensortijada de Sor Margo. Los caminos de donde proviene y a donde se dirige son muchos, y tan variados, que relatarlos es tarea imposible. Desde sus primeros años



Miguel Cabrera, Retrato de Sor Juana, siglo XVIII

viajó de una casa a otra, de un barrio a otro, de unos intereses familiares a otros, y, como las tres gracias, bonetería, repostería y poesía se tomaron de la mano.

Ella continuó el viaje, alumbrada por su talento, para tocar puertos tan diversos como puede serlo el mapamundi, la guía roji, la literatura, la comida, la ropa fina, el erotismo, los decimonónicos y tristemente puestos al día saltadores de caminos, Agustín Lara, los castrati de la S a la Z bartheana, José Alfredo Jiménez, las monjas, Caravaggio, Carlitos Gardel, Bashevis Singer, Rhett Butler, Agamben, Santa y las prostitutas, los perros, el cello trágico de Jacqueline du Pré o la obsesión por el cello, Las genealogías, la fuga perpetua a ritmo de rumba.

Y mientras unas manos enjorjadas de dedos largos buscan y descartan collares

que cubrirán la superficie marcada por el escudo mariano, yo sólo me atrevo a preguntarte: ¿qué onda, Margo?, ¿en este retablo que tú eres no hay un solo espacio vacío, verdad? Dime si en la Telemaquia tuya existe hueco para el Síndrome de naufragios.

Entonces, la monja se coloca el velo oscuro sobre la cabeza, ya cubierta por la toca, y hace la señal de la cruz. Nora García principia a llenar el cuestionario, preámbulo a la mastografía, y se santigua. Margo Glantz se apresta a tomar otro avión, su mano gira en un gesto indescifrable pensando, acaso, en los pechos de santa Cecilia sobre una bandeja.

Los acordes de la música prosiguen su camino inefable. Y las palabras, ah, las palabras... ①